LA MODA ELEGANTE

Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Núm. 46.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Corpiño semi-montante, visto por delante y por detrás. — Zapatilla.— Cuello recto por detrás. — Manga interior que ha de acompañar al cuello recto por detrás.—Cuello de lienzo. — Manga que ha de acompañar al cuello de lienzo.—Dos cinturones.—Entredos de frivolité. —Rosetas formadas de nudos Josefina.—Corbata de muselina blanca.—Chaqueta polonesa.—Predestinacion.—Explicacion del grabado de modas.—El estilo es el hombre.—Un año de matrimonio. Revista de Cádiz.—Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Corpiño semi-montante,

VISTO POR DELANTE Y POR DETRAS.

Este corpiño conviene sobre todo para vestidos destinados á reuniones algo íntimas, es decir, cuando estas no exigen un corpiño escotado. Todos los patrones de corpiños comunes pueden servir para ejecutar este: no hay mas que replegar los delanteros hácia abajo hasta la altura indicada en nuestro dibujo, y escotar la abertura del cuello.

Los adornos se componen de galones de pasamanería, con caireles. Se pueden sustituir estos últimos con un galon de pasamanería orillado por un encage negro muy estrecho puesto plano. — Esta combinacion convendria menos que la otra si se tratase de una señorita jóven.

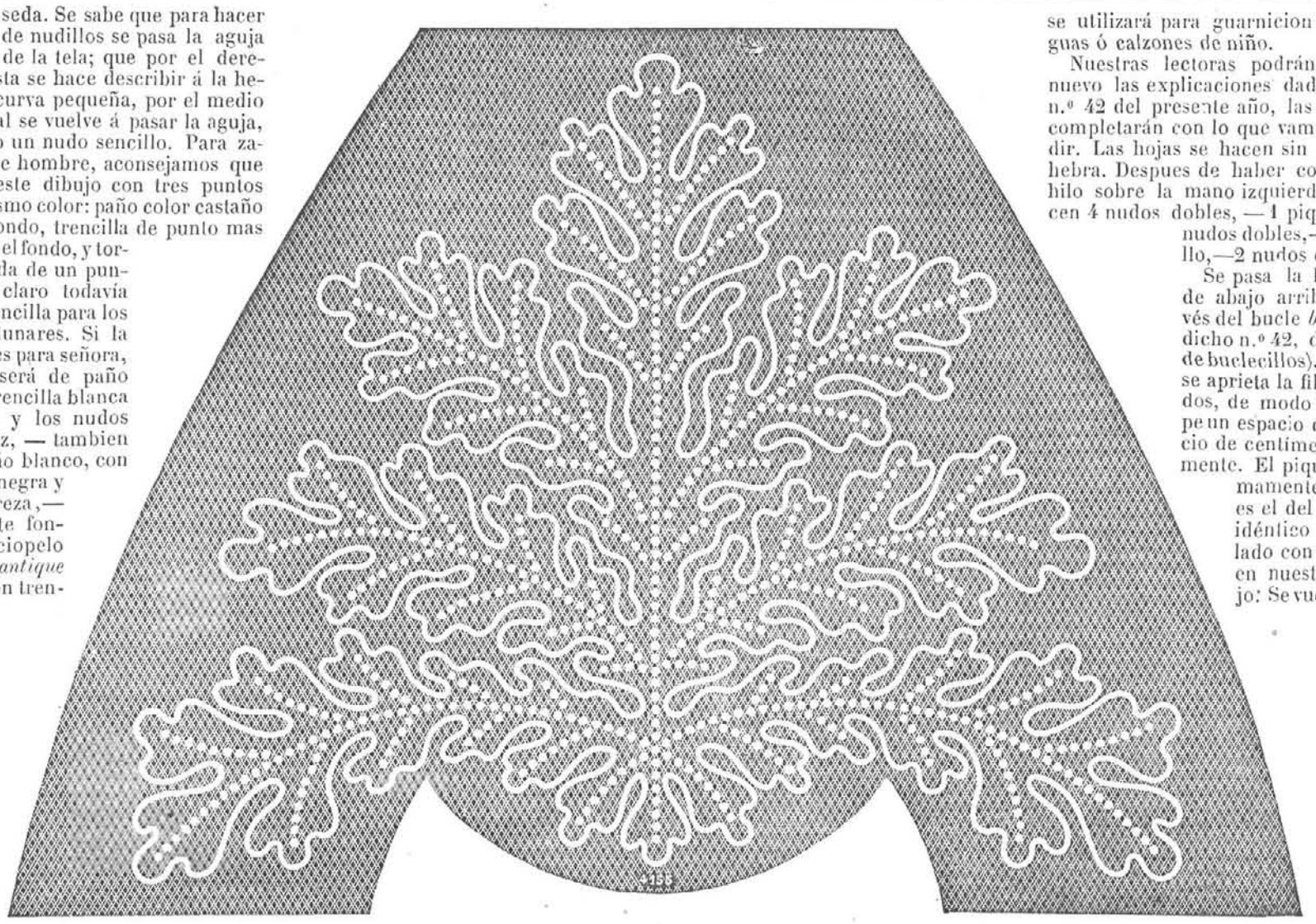
Zapatilla.

Esta labor reune el mérito de la elegancia con la ventaja de una ejecucion pronta; se hará de paño, ó si es para una dama, de terciopelo. El dibujo se hace de trencilla, ó bien de felpilla fina cosida como aquella. Los lunares serán cuentas de metal, ó bien puntos de nudillos, hechos con

CORPIÑO SEMI-MONTANTE, VISTO POR DELANTE Y POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

torzal de seda. Se sabe que para hacer el punto de nudillos se pasa la aguja al través de la tela; que por el derecho de esta se hace describir á la hebra una curva pequeña, por el medio de la cual se vuelve á pasar la aguja, formando un nudo sencillo. Para zapatillas de hombre, aconsejamos que se haga este dibujo con tres puntos de un mismo color: paño color castaño para el fondo, trencilla de punto mas claro que el fondo, y torzal de seda de un punto mas claro todavía que la trencilla para los nudos ó lunares. Si la zapatilla es para señora, el fondo será de paño azul, la trencilla blanca ó negra, y los nudos color maiz, — tambien sobre paño blanco, con trencilla negra y nudos cereza,— igualmente fondo de terciopelo ó muaré *antique* violeta con trencilla y nudos negros, ó bien con trencilla de oro y nudos blancos, ó cuentas de acero en vez de los nudos.



ZAPATILLA DE PAÑO.

Cuello recto por detrás.

Este cuello de puntas dobladas por delante es recto por detrás; va bordado á punto ruso con seda negra tan fina como sea posible. Publicamos el dibujo de las ramas, que juntas la unas con las otras, componen la guirnalda que adorna este cuello, hecho de lienzo ó percal doble. Un dibujo mayor que el natural representa una de las ramas, á fin de indicar el punto ruso á aquellas de nuestras lectoras que no lo conozcan.

Manga interior, que ha de acompañar al cuello recto por detrás.

El puño está bordado como el cuello, y armado en una manga bastante estrecha; es tambien de lienzo ó percal doble, y se le hacen dos ojales por los cuales se pasa un boton grueso de metal.

Cuello de lienzo.

Se hace como el anterior. Un dibujo de tamaño natural representa una de sus esquinas. Otro dibujo mayor que el natural indica uno de los pormenores de este bordado, tan fácil de ejecutar y tan pronto de hacer. Los lunares se bordan de realce.

Manga que ha de acompañar al cuello de lienzo.

Una presilla que forma parte del puño sube sobre la manga interior. La presilla va adornada con tres medallones semejantes á los que adornan las esquinas del cuello. En el centro de cada medallon se hace un ojal, y los botones se colocan al otro lado de la abertura de la manga interior. Esta es de muselina.

Dos cinturones.

Pudieran llamarse *correas*, porque son de piel con adornos de acero; pero en fin, es la moda! Es fuerza que inclinemos ante ella la cabeza y que registremos aqui este capricho suyo.

El cinturon n.º 1 es de piel color castaño, punto bronce, con dos faltriqueras, la una abierta, para contener un reló, un lente, etc., y la otra cerrada para servir de porta-monedas; las dos faltriqueras me parecen razonables y cómodas. Aconsejo á mis lectoras que se hagan ejecutar este cinturon en terciopelo.

El cinturon n.º 2, tambien de piel, va guarnecido con adornos de acero, cuya exacta reproduccion presenta nuestro dibujo.

Entredos de frivolité.

Ejecutando este entredos con hilo muy fino se le podrá emplear en ropa blanca que no sea de lujo, como cófias para dormir, cuellos de por la mañana, etc. Si se escoge hilo mas grueso, el entredos se utilizará para guarnicion de enaguas ó calzones de niño.

Nuestras lectoras podrán leer de nuevo las explicaciones dadas en el n.º 42 del presente año, las cuales se completarán con lo que vamos á añadir. Las hojas se hacen sin cortar la hebra. Despues de haber colocado el hilo sobre la mano izquierda, se hacen 4 nudos dobles, — 1 piquillo,— 4 nudos dobles,—1 piquillo,—2 nudos dobles.

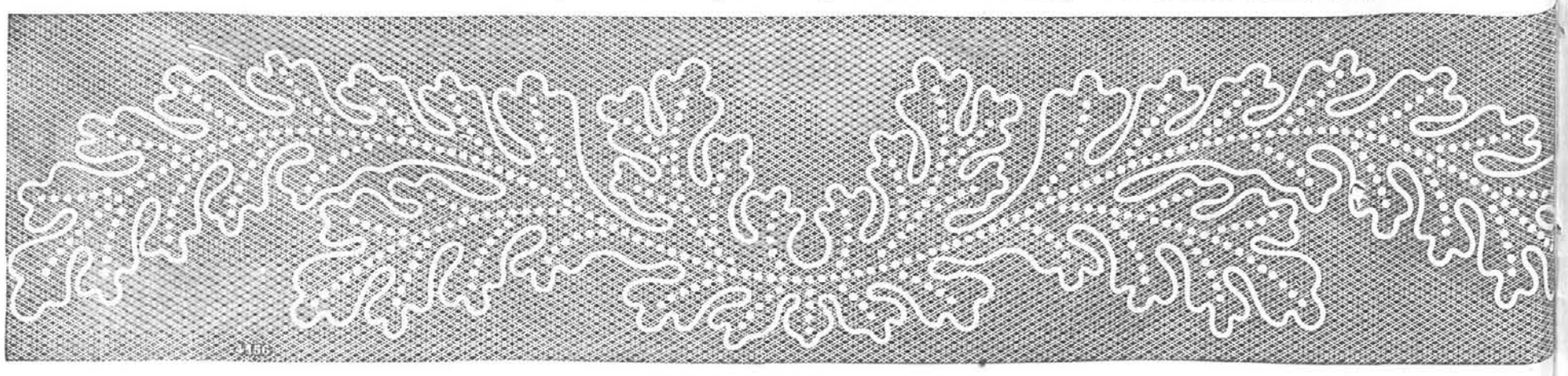
Se pasa la lanzadera de abajo arriba al través del bucle *b* (véase el dicho n.º 42, doble fila de buclecillos), despues se aprieta la fila de nudos, de modo que ocupe un espacio de un tercio de centímetro solamente. El piquillo últimamente hecho es el del lado; es idéntico al señalado con una cruz en nuestro dibujo: Se vuelve la lanzadera y se hace la hoja ó buclecillo del lado opuesto: * 4 nudos dobles,—1 piquillo,—4 nudos dobles, —1 piquillo,—2 nudos dobles. Antes de apretar la fila de nudos, se pasa como en la hoja anterior la lanzadera de abajo arriba al través del bucle. El piquillo últimamente hecho es identico al señalado en el dibujo por un punto. Se saca la hebra, (empleando un crochet) al través del piquillo marcado por una cruz, se pasa la lanzadera por el bucle que se acaba de formar; al sacar la hebra se aprieta esta de modo que el último nudo de la última hoja se encuentre apretado junto al piquillo señalado por una cruz. Se hace la hoja siguiente, ejecutada en la misma direccion que la primera, volviendo á comenzar desde *, y se ata el último nudo de esta tercera hoja junto al piquillo de la segunda hoja, correspondiente al marcado por una cruz. Del mismo modo se continúa siempre.

Rosetas formadas de nudos Josefina.

MATERIALES.—Algodon de hacer media de mediano grueso, de cinco hebras.

Estas rosetas servirán para guarnicion de cortinas, cubre-piés, etc.

El algodon cuádruple se devana, ó bien formando pelota, ó bien en una lanzadera como las que sirven para hacer *frivolité*. Se coloca este algodon, así devanado á cuatro hebras, en la mano izquierda, y se hacen 4 nudos seguidos al derecho. Se pasa el devanador de arriba abajo al través del bucle que se halla en la mano y se aprieta este bucle. Un dibujo indica los nudos Josefina en ejecucion. Allí



RUEDO DE LA ZAPATILLA.

© Biblioteca Nacional de España

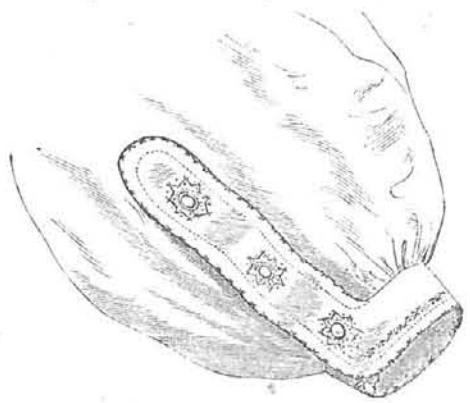
se ven dos nudos terminados, y el tercero comenzado. El bucle que ha de colocarse en la mano se indica por la letra *b*, las hebras del devanador por la letra *a*. Se ven en este dibujo que la hebra *a* se lleva de abajo arriba á través del bucle. Cada nudo Josefina se compone de 4 nudos al derecho. Se principia un segundo nudo junto al primero, y se hacen siete, que se reunen en círculo, en el centro del cual se ejecuta una rueda con algodon sencillo. Estas rosetas se cosen unas á otras.

CUELLO RECTO POR DETRAS.

Corbata de muselina blanca.

Este modelo tiene un metro de largo; es ancho por sus extremos, doblado hácia abajo y se estrecha de modo que no tenga en su medio sino 3 centímetros de ancho.

El pájaro se borda con algodon blanco; la cola, las patas, el ojo y la cresta se hacen con lana inglesa encarnada; en las alas se le ponen algunos puntos encarnados; el pico se borda con lana inglesa negra; se hace un punto negro en el ojo y uno encarnado en el pico sobre los puntos negros.



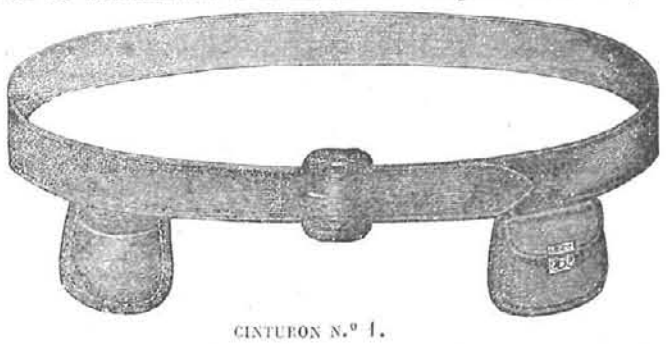
MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO DE LIENZO.

La rama se borda con algodon blanco, los lunares con lana negra; la corbata lleva un fleco anudado; este fleco es de algodon torcido. Las cruces son alternativamente encarnadas y negras, de seda.

Se puede ejecutar este dibujo con seda negra y blanca sobre corbata de tafetan.

Chaqueta polonesa.

Este modelo se hace de muaré *antique* gris plateado. El chaleco es de tafetan azul vivo. La chaqueta y el chaleco se guarnecen con tiras de cisne; esta guarnicion es doble en la chaqueta, y entre las dos tiras de cisne se ve un dibujo ejecutado con trencilla negra. Las 2 tiras de cisne y el bordado figuran una especie de cuello al rededor del escote, y un cinturon al rededor del talle. Los botones y presillas de pasamanería son grises, con mezcla de negro y blanco.



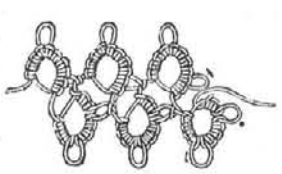
CINTURON N.º 1.

CINTURON N.º 2.

PREDESTINACION.

(Conclusion.)

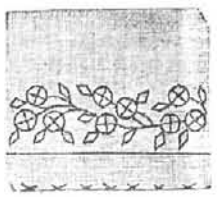
El sacrificio de su porvenir, de la paz de su espíritu, de su misma vida, se advierte de continuo en ese ser débil, frágil y sentido, sin que una queja revele el cáncer oculto de un corazon torturado!...—Bien hayais vosotros, héroes que el mundo llama fuertes y valientes, y que entregais á la trompa de la Fama los hechos que os distinguen! respeto merece vuestro valor! pero venid y postraos conmigo ante el tácito sufrimiento de la mujer!



ENTREDOS DE FRIVOLITÉ.

Dibujo mayor que el natural para el cuello recto.

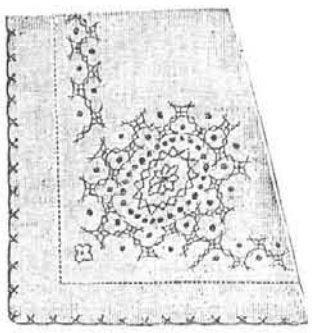
Dibujo mayor que el natural para el cuello de lienzo.



Dibujo de tamaño natural para el cuello recto.

—Dióme mi amada María una hija en cambio de mi amor; llaméla como su madre, pues toda mi ambicion era que fuese un traslado de la que le dió el ser. Miradla, caballero! mi hija! mi alma en carne es la que teneis delante: de un año, era la copia de mi idolatrada esposa: hoy no tienen luz mis ojos, porque sin duda el cielo no concede á un mortal la vista de un ángel en dos formas...

Algunas lágrimas se escaparon de los azules ojos de María que aplicó á ellos su pañuelo, mientras el extranjero enternecido puso su mano sobre el



DIBUJO DEL CUELLO DE LIENZO, TAMAÑO NATURAL.

hombro del anciano, que alentado por aquel simpático contacto, continuó:

—Contaba apenas mi hija los dos años, cuando obligado á marchar á Filadelfia, para dar algun ensanche á mi modesta fortuna, me despedí de mi esposa, asegurándola que mi ausencia no podia ser larga, en atencion que me era imposible vivir lejos de ella; sonrió convencida de la verdad de mis palabras; desprendióse de mis brazos resignada y diciéndome en voz debil:

—Mejor harias en llevarnos contigo!

No dí mucho valor á aquellas palabras, y partí despues de colmar de besos á mi hija. La vida se me hacia insoportable, el trato de los hombres, insufrible, separado del centro de atraccion hácia donde mi corazon giraba.

Abrevié mi estancía en aquella ciudad, quizá con algun menoscabo de mis intereses, y me embarqué para Boston no sin experimentar en las pocas horas de la travesía el mas doloroso presentimiento.

Negras nubes empañaban la atmófera! El trueno rugia sordamente y los aprestos de una recia tempestad agitaba en el bagel á sus activos tripulalarios. Cruzado de brazos sobre la toldilla, abismado en mis reflexiones, sentia latir fuertemente mi corazon, y al oir una voz que me decia al oido:

—Qué es eso! os asusta la tormenta?

—Qué será de ella! respondí. Ella era mi único pensamiento!

Una racha violenta nos echó á la costa: felizmente no tuvimos avería, y me encaminé impaciente hácia mi pequeño eden. Mis pisadas apenas se hacian perceptibles sobre la mojada arena del jardin: mas contando con la segunda vista del amor, esperaba ver salir á mi encuentro á María: jadeante y ansioso, llegué al vestíbulo y entré sin ver los objetos, deslumbrado por la luz vivísima de un relámpago. Un trueno formidable dejó oir su voz atronadora, dejándome apenas oir el llanto de una niña, y el grito de una mujer: era María que se precipitó en mis brazos!...

CUELLO DE LIENZO.

—Alberto! Alberto! queria verte antes de morir! Nuestra hija te reclama: grande ha de ser tu amor hácia ella, para que supla tambien por el mio: Alberto! esposo mio! sálvame... el relámpago!!

Estrechéla con efusion entre mis brazos, ocultando su cabeza en mi pecho, como para libertarla del invisible enemigo que la perseguia. Deslumbróme un súbito resplandor que iluminó en un plazo inusitado toda la comarca: un sofocante olor á azufre y betun detenia mi respiracion: quise hablar para animar á María, que se extremeció, deslizándose des-

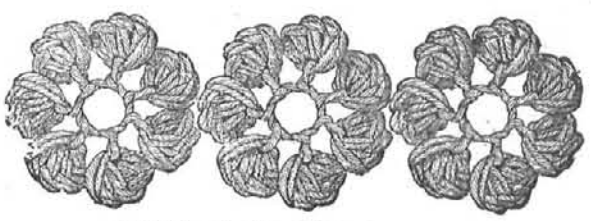
MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO RECTO.

pues de entre mis brazos y cayendo desplomada á mis piés....

No sé lo que duró aquella situacion: embotadas mis facultades, y sintiendo en prensa mi corazon, permaneci algun tiempo sin darme cuenta de lo que pasaba. Al fin comprendí que mi hija lloraba algo distante; quise acudir á ella, pero antes traté de incorporar á María... Horror! estaba fria; mi corazon palpitaba con fuerza; llaméla, prodigándole los mas dulces y amorosos nombres. ¡Ay de mí! debia ser cadáver, cuando no respondia á la voz insinuante del amor! Lleno de asombro, sin poder distinguir los objetos, levanté el inanimado cuerpo de aquella celeste mujer, para buscar un sitio, á mi entender menos oscuro, que me permitiese distinguir sus facciones. En vano! restregué mis ojos lleno de horror; la luz habia huido de ellos! Estaba ciego! Ella, muerta!

El anciano enmudeció y la afligida doncella fué á ocultar la explosion de su llanto en el seno del pobre ciego. El extranjero oprimia con sus manos su palpitante corazon, procurando vencer sus emociones y prestar algun consuelo á aquellas almas doblegadas por el soplo de la fatalidad. Serenóse algun tanto el anciano, y lanzando un hondo suspiro, continuó:

—Perdida la luz de mis ojos, iluminóse la de mi razon, comprendiendo que el rayo devastador habia visitado mi morada: su fuego



ROSETAS FORMADAS DE NUDOS JOSEFINA.

EJECUCION DEL NUDO JOSEFINA.

© Biblioteca Nacional de España

habia segado aquella delicada flor, que no pudo oponer resistencia á su destino, sino con la impotente prevision de su presentimiento!

El dolor que me agobiaba, caballero, era de aquellos que no puede calificar la voz humana... La inconmensurable oscuridad que me rodeaba, era únicamente comparable al vacío que sentia en mi corazon. Por algun tiempo, el socorro de la fe fué ineficaz para la herida de muerte que recibió mi inteligencia!

Las facultades intelectuales de nuestra naturaleza experimentan en una calamidad inopinada tal sacudimiento, que divergentes entre sí, producen ese marasmo, término medio entre la vida y la muerte.

Los gritos de un niño fueron el primer llamamiento á la sensacion vital, que recobró mi pasmado corazon! Era mi hija! aquel ser desvalido pedia socorro, y comprendí que era mas feliz que yo, toda vez que invocando el nombre de padre, esperaba de mi proteccion.

La busqué entre mis tinieblas, y estrechándola contra mi pecho me sentí enternecido y pude llorar... Entonces sentí dentro de mí mismo la tirantez de ese múltiple lazo de amor que liga al hombre á la existencia: aun habia allí, débil y fuerte; y este era yo! Oh Providencia! en el fondo de los calabozos, en el árido desierto, sobre la loma de las embravecidas olas, surge todavía para el mortal, ya esclavo, ya sediento, ya náufrago, un destello de esperanza que lo identifica con su aflictiva situacion!

Procuré calmar la angustia de aquella niña, que iba á ser en lo sucesivo el fomentador de mis precarios dias en la tierra, y asistido de algunos colonos que acudieron sabedores de mi desgracia, realicé mi casa y hacienda y dejé el país.

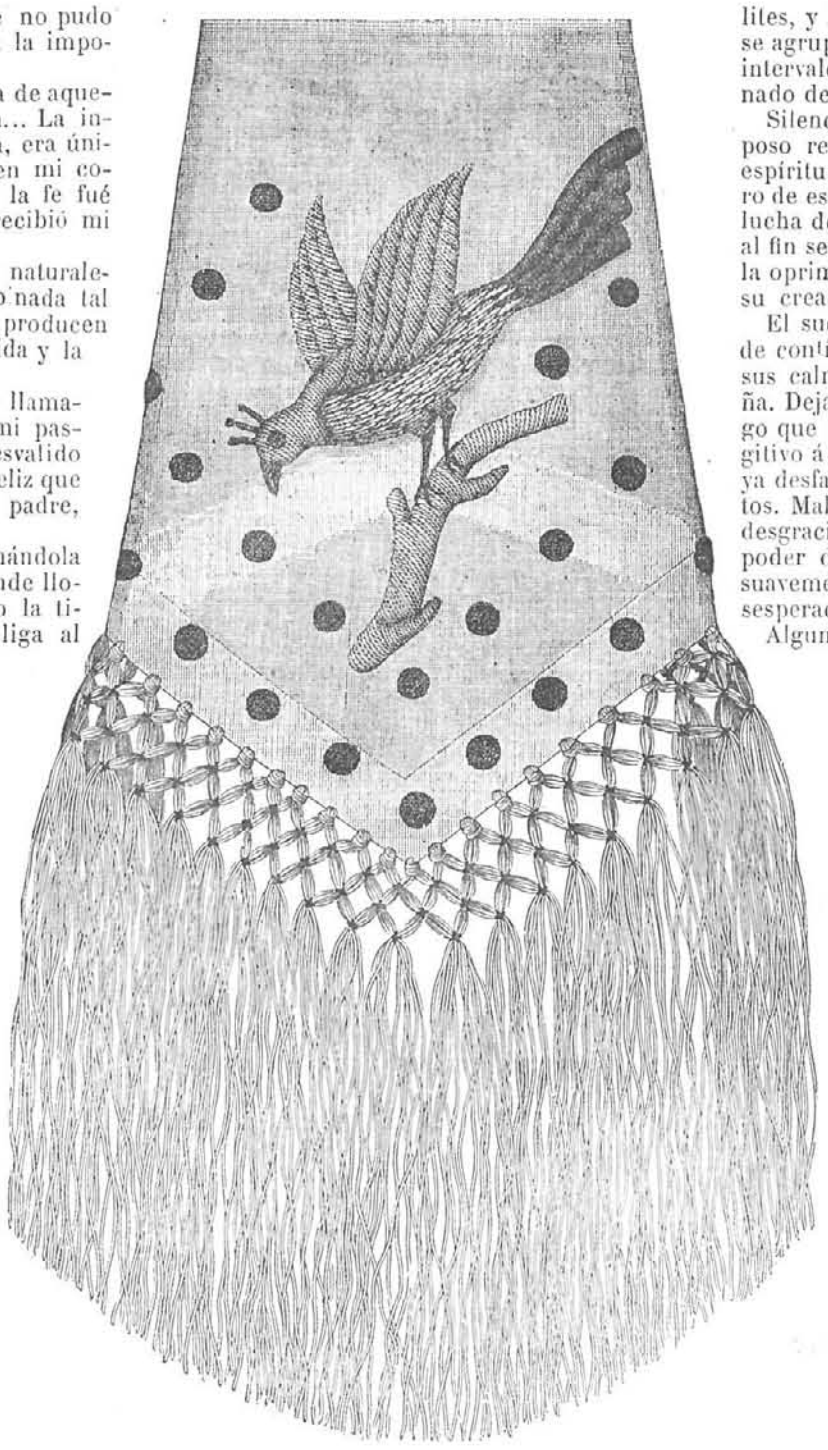
No cansaré la atencion de mi sensible huésped, haciéndole la narracion de la cadena de sufrimientos en que ha gemido mi trabajosa vida desde entonces. Basteos saber que el ángel nacido de *aquel astro*, que me arrebató el cielo (acaso por juzgarme poco perfecto para poseerlo), ha dado luz á mis ciegos ojos, ternura á mi corazon desecado, amor á mi alma viuda, y asistencia á mi incierto paso.

Su alma se ha provisto, por decirlo así, del doble afecto que era la savia de mi vida. Ella es el báculo de mi ancianidad, la promesa viva de un mundo mejor, porque su paso sobre la tierra me señala la senda de la inmortalidad.

Calló el anciano, y su hija, precipitándose sobre su pecho, fué á mezclar sus blondos rizos entre las venerables canas de su padre. Los extremos se tocaban; en infortunio y la caridad; los dos tercios; primero y último de la vida mortal!

La candorosa jóven, abrevió una escena harto conmovedora para el triste narrador, y no menos patética para el viajero. Este fué á estrechar con efusion las manos del anciano, diciéndole:

—Vuestro relato se ha grabado en mi corazon de un modo indeleble é imperecedero: ninguna de las peripecias de mis diferentes escursiones por el mundo, han tenido á mis ojos el interés que me inspiran vuestras penas, y las circunstancias que os rodean; no acierto á comprender, en vista de vuestras máximas, si es orgullo ó predestinacion el sentimiento que me anima de seros útil, sacrificándoos cuanto valgo!



CORBATA DE MUSELINA BLANCA.

La tormenta no azotaba la rústica techumbre de la cabaña: el huracan recogió sus indómitos satélites, y las nubes alijeradas de su húmedo depósito se agrupaban sobre las cumbres, dejando lucir por intervalos el profundo azul del firmamento tachonado de sus radiantes lumbreras.

Silencio y soledad! dejad que el bienhechor reposo recupere las fuerzas del cuerpo y vigorice el espíritu doliente! Los elementos luchan entre sí; pero de esa lucha nace la calma y la armonía: el alma lucha dentro de su cárcel; se agita, luego se postra, al fin se levanta vencedora, regenera al cuerpo que la oprime; y acrisolada en el infortunio, bendice á su creador y espera.

El sueño, ese balsámico reparador que rehabilita de contínuo nuestra combatida naturaleza extiende sus calmantes alas sobre los habitantes de la cabaña. Dejadlos descansar... no interrumpais ese letargo que deja en tranquilidad al cuerpo, mientras fugitivo á veces el espíritu ya vive en las ilusiones, ya desfallece entre las torturas de los presentimientos. Malhadado el que interrumpe el sueño de un desgraciado! ¿no veis que lo entregais de nuevo en poder de su opresor pensamiento? Ahora respira suavemente... Luego, quizá, las angustias de la desesperacion lo alejen del camino de su salvacion!

Algun comprimido suspiro turba de vez en cuando la quietud de la cabaña. María no goza del tranquilo sopor en que yacen el anciano y su huésped: su seno se levanta á impulso de su agitacion: mil ideas confusas del pasado, presente y porvenir se aglomeran en su mente, y la imágen del extranjero, á su pesar viene á interponerse entre su padre y el porvenir... Quién podrá jamás darse cuenta de los pensamientos que fatigan nuestra mente cuando nos refugiamos del infortunio entre los brazos de la esperanza!

El sol iluminaba las colinas; las escarpadas cimas ostentaban á su luz los prismas caprichosos de sus brillantes facetas de granito. El cielo estaba puro; el aire limpio de vapores: el labriego se alejaba diligente de su hogar apacentando su rebaño. El perro ladraba orgulloso al oir los relinchos del caballo, como para recordarle su hospedage. María y el anciano habian instado en vano al extranjero á que tomase un frugal desayuno:

—Dejadme partir, decia este; no habeis dado á un ingrato tan generosa hospitalidad! Nada me habeis preguntado sobre mi calidad y nombre: es una deuda que contraigo con vosotros, pues os debo la misma confianza, y.... creedme, María, solo la muerte podria impedirme volver muy pronto á vuestra morada.

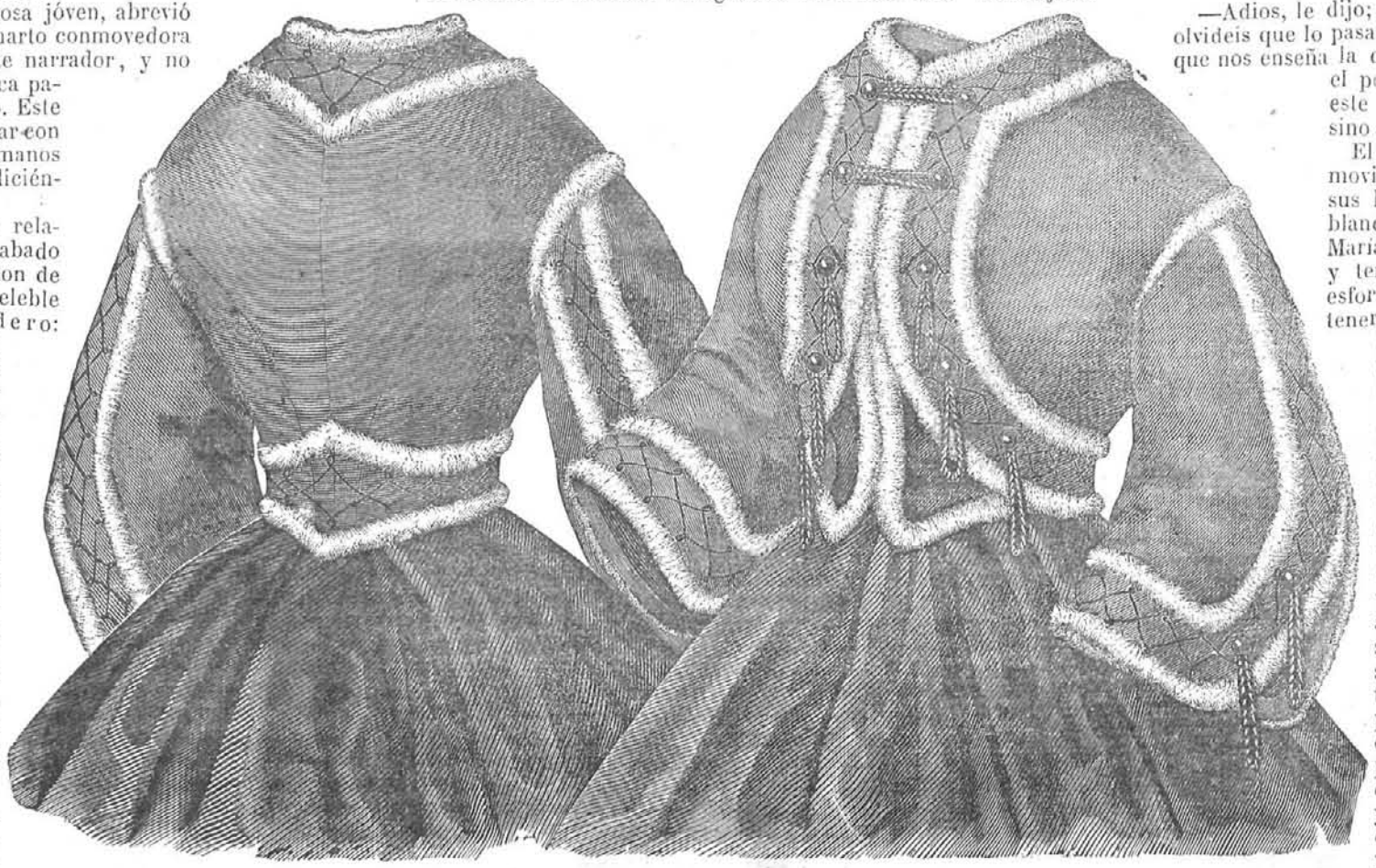
—La muerte! Ah, qué habeis dicho! no evoqueis ese fatídico poder que se desliza entre los eslabones de la cadena de los sucesos!

El anciano estrechó cordialmente las manos del extranjero:

—Adios, le dijo; sois jóven; no olvideis que lo pasado, es el libro que nos enseña la conducta para el porvenir y que este no pertenece sino á Dios!

El viajero conmovido, imprimió sus labios en la blanca mano de María, que pálida y temblorosa, se esforzaba por contener una rebelde lágrima, murmurando con tristeza:

—La muerte! la muerte! Invisible lazo nos une á ella! quién puede decir confiado: Mañana; el mes que viene; de aquí *á un año!*.. y sin embargo, se oye de contínuo este emplazamiento que el hombre profiere sin estremecerse; y llega, es verdad! llega el plazo conve-



CHAQUETA DE [illegible]

© Biblioteca Nacional de España

nido, porque el invisible paso de la eternidad no se detiene; pero, ay! no siempre el emplazado y el que emplaza ven cumplirse sus deseos.....

Tambien llegó el plazo que se propuso el viajero de la Escocia! La muerte habia aniquilado las fuentes del sufrimiento en el pecho del anciano, como el rayo habia agotado la luz de sus ojos. Acababa de exhalar su último aliento en los brazos de su desolada hija, al avistar de nuevo el extranjero aquellos sitios seis meses despues... El perro no ladraba de placer como entonces... La tempestad no amenazaba al extraviado viajero: el huracan no silbaba enfurecido; pero en cambio, la muerte esparcia por aquellos contornos su fúnebre crespon.

María lloraba sobre el cuerpo inerte de su padre! Un sacerdote oraba junto al cadáver: la Fe, esa hija del cielo estampaba su sello en las venerables facciones del anciano. La caridad cristiana junto á él, le señalaba las puertas de la eternidad.

—María! Angel-mujer! exclamó el extranjero: dadme el derecho de protejeros: permitid á un hermano... á un esposo dedicaros su vida, y honrar los restos de vuestro amante padre.

María no respondió; pero su húmeda mirada se fijó por un instante en los apasionados ojos del viajero. Existe un magnetismo en la mirada, es innegable; un imperceptible flúido que el amor fermenta, y se infiltra suavemente en el corazon, ya dispuesto á recibirlo.

El extranjero no ambicionó mas seguridades y procedió, ayudado del sacerdote, á evacuar esos tristes deberes como madrastra á sus hijos; mi padre pereció en su defensa; huérfano y niño aun, fuí educado por otro proscrito americano á quien mi padre habia dado asilo.

María levantó su cabeza, y miró con extrañeza al narrador: este continuó:

—Instruido en la escuela de la desgracia, he viajado mucho, probando todos los sinsabores de la expatriacion... Hoy, al fin, Luis XVIII sentado en un trono fundado sobre las ruinas de un imperio, llama á los nobles fugitivos para restituirles los bienes que les arrebató la revolucion. He vuelto á mi país: he recobrado mi patrimonio y puedo ya sin reserva poner á vuestros piés mi nombre de Saint-Auban: al recobrar mis derechos de ciudadano, pétalos guardan siempre una gota de hiel!

María, antes de partir, se arrodilló sobre la húmeda tierra que cubria los restos del anciano. La virtud oraba derramando lágrimas sobre la víctima del infortunio!

ANGELA MAZZINI.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDO DE BODA. Trage de tafetan blanco guarnecido por un volante de encage que sube hasta el talle sobre cada costura de los paños del trage; este encage está replegado en la costura para que vaya siendo gradualmente mas estrecho. Sobre todo el encage corre un rizado de tafetan blanco. Corpiño montante, guarnecido por delante con un rizado estrecho de cinta; cinturon de cabos largos y anchos sujetando el ramo de azahar; mangas semi-anchas, abiertas guarnecidas como el trage. Velo grande de tul blanco.

TRAGE DE TAFETAN AZUL VIVO. La enagua lleva por la orilla un volante estrecho encañonado, de tafetan negro, y sobre él tres cintas de terciopelo negro con filetes blancos dispuestas en escuadra; esta guarnicion se repite sobre el corpiño; el borde de las mangas, y el cinturon de cabos largos anudado por delante. Sombrero de crespon blanco, bordado de felpilla blanca, con plumas blancas.

EL ESTILO ES EL HOMBRE.

CUENTO POPULAR.

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Dos personas han dicho que el estilo es el hombre. Como tengo poca memoria y menos erudicion, no estoy seguro de que fuese Buffon una de estas personas; pero sí lo estoy de que la otra fué un guardia civil.

Soy ya hombre casado, y por consiguiente no me hallo en estado de merecer; pero si me hallara, me guardaria muy bien de sacar á relucir la máxima de aquellos señores; porque ¿qué idea formarian de mi las muchachas que juzgasen de mis merecimientos por mi estilo desaliñado y vulgar?

En obsequio á mi señora esposa, digo públicamente, que en mí el estilo es el hombre. Hecha esta confesion, no hay miedo de que ninguna de mis lectoras se enamore de mi. ¡Qué ganga, querida esposa, tienes en el estilo y en la franqueza de tu marido!

Pero echemos noramala esta maldita propension que uno tiene á irse á la broma, y hablemos con un poco mas de formalidad.

Tres cosas hay en el mundo cuya fisonomía es única; la letra, la cara que acompañan los restos de los que nos preceden á la eternidad.

María, sumida en la atonía de su mudo dolor, nada comprendia: de vez en cuando sus ojos buscaban afanosos un objeto en que fijarse, y la solícita mirada del extranjero la recordaba una situacion análoga referida por su padre, en que su jóven madre sola y doliente ante los frios despojos de la muerte, parecia hallar á su lado como á un enviado de Dios. Entonces se extremecia pensando en el fin prematuro de aquella, y murmuraba:

—Muerte! predestinacion!..

Una voz armoniosa que sabia hallar el camino de su corazon, la decia:

—María, el cielo os señala otro guia en la senda de vuestra vida: aceptadlo si vuestro corazon os inclina hácia él. Yo tambien errante y proscrito he conocido el infortunio. La Francia, mi patria, trató perdí al mejor de mis amigos, á mi segundo padre! al baron Peett.

—Ah! mi abuelo! dijo María sollozando: ese es el nombre último que pronunció mi madre al caer en los brazos de su esposo!

—La Providencia revela sus designios, hijos mios, exclamó el sacerdote. Ella acerca el olmo á la endeble yedra, y pone á cubierto en el hueco de una peña al ave viajera que recela el temporal... bendecid su sabiduría, como yo bendigo interinamente vuestros unidos destinos!

María y Saint-Auban santificaron con sus preces al Altísimo, su naciente amor, dejando para siempre aquellas escarpadas rocas, divisando en lontananza la perspectiva de la felicidad.

Quién sabe! No interroguemos su porvenir! No levantemos el velo que guarda el horóscopo de la felicidad humana, flor diáfana y fragante; pero cuyos

y el alma. «Fulano, decimos, se parece á Zutano,» y hacemos bien en decir que *se parece*, porque si dijésemos que *es idéntico*, y aun que *es semejante*, faltariamos á la verdad.

Cualquiera de estas tres cosas, en el hecho de ser únicas, sirve para identificar la persona, y no lo ignora la policía, que sabe muy bien poner una pluma en la mano de aquel á quien sospecha autor del documento falso que posee, y sabe proveerse del retrato fotográfico del criminal á quien cree capaz de tomar las de Villadiego; pero ¿cómo se indentifica la persona por medio del alma? ¿Cómo se obtiene un retrato fotográfico del alma, que pueda servir de punto de comparacion?

Si el estilo es el hombre, habrá que convenir en que ya pareció aquello. Verdad es que los estilos se falsifican como se falsifica todo, empezando por el amor, que siendo emanacion *divina* y *quinta esencia del alma*, debiera ser mucho mas sagrado que los billetes de banco, que hasta no ha mucho decian: «Pena de muerte al falsificador;» pero el observador un poco diestro distingue

© Biblioteca Nacional de España

muy pronto el estilo falso del verdadero; porque el estilo es el alma, y el alma es una de las tres cosas cuya fisonomía es única.

Repetimos pues que en el mundo no hay dos letras ni dos caras ni dos almas *iguales*, aunque haya muchas *parecidas*, y adelante con nuestro cuento.

No sé porqué llamo cuento á lo que voy á contar, pues es tanta verdad, que los órganos de Móstoles, es decir, los corresponsales de los periódicos madrileños de aquella villa, dieron cuenta del suceso á su debido tiempo con todos sus pelos y señales.

Una mañana llamó el cartero á mi puerta, y me entregó una carta de Navalcarnero, que está á cinco leguas de Madrid. Apenas leí esta carta, cojí un número de un periódico literario, monté en el primer jamelgo de alquiler que encontré á mano, y tomé apresuradamente el camino de Navalcarnero.

A las tres leguas de viaje, es decir, al pasar por Móstoles, un cabo de la guardia civil, comandante del puesto de aquella villa, que estaba leyendo á la puerta de su cuartel, interrumpió la lectura guardándose el libro en el bolsillo, y me atajó el paso preguntándome cortesmente:

—Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de enseñarme la cédula de vecindad ó el pasaporte?

—Hombre, le contesté, he salido tan precipitadamente de Madrid, que no me he acordado de echarme en la cartera la cédula de vecindad.

—¿Con que ha salido Vd. precipitadamente, eh? me preguntó el guardia observándome con desconfianza.

—Sí, señor.

—Ya se le conoce á Vd., que lleva Vd. la fisonomía como alterada y descompuesta.

En efecto, mi fisonomía debia estar muy alterada, tan alterada como la de aquel que ha cometido un crimen y vá huyendo de la justicia, ó la de aquel que ha recibido la noticia de que su madre está espirando y vá á recojer su último suspiro. La carta que me habia obligado á ponerme en camino no era para menos.

—Caballero, añadió el guardia, Vd. me ha de dispensar, pero me veo en la necesidad de detenerle á Vd.

—¡Detenerme! exclamé espantado.

—Sí, señor, contestó el guardia á quien este espanto infundió nuevas sospechas, mi obligacion es esa.

Entonces eché pié á tierra.

—Mire Vd. que me interesa muchísimo continuar sin detencion alguna mi camino.

—Lo siento; pero tambien á mí me interesa cumplir con mi deber. ¿Tiene Vd. aquí alguna persona que le conozca?

—No, señor; pero soy hombre bastante conocido, y tal vez Vd. mismo conozca mi nombre.

—¿Cómo es su gracia de Vd?

—Antonio de Trueba.

—¿El escritor?

—Sí, señor.

—Conozco los escritos de ese señor y me gustan mucho.

—No será por su mérito literario, porque maldito el que tienen.

—Pues á mí me gustan, porque en ellos se llama al pan pan y al vino vino, y porque son muy morales, lo cual no es ningun grano de anís para ningun individuo de la guardia civil encargado de velar por la moral pública; pero dejémonos de conversacion, y entre Vd. en el cuartel para que vuelva á Madrid con una pareja de guardias.

Mi terror subió de punto el oir esto?

—¿Pero V. duda que yo sea Antonio de Trueba?

—No dudo; estoy seguro de que Vd. no lo es, de que usted usurpa su nombre.

—¿Y en qué se funda Vd.?

—En que apenas hay escritor que no alabe sus propias obras, y Vd. no solo no alaba las que supone ser suyas, sino que habla mal de ellas.

—Pero, hombre, por María Santísima, la modestia...

—¡Qué modestia, ni qué calabazas! ya no se usa la modestia.

Consideré que meterme en discusiones sobre la modestia literaria con el guardia civil, era perder tiempo, y traté de salir del atolladero por otro camino.

—Pero vamos, qué es lo que necesito hacer para que Vd. me deje continuar mi viaje?

—Identificar su persona.

—Es decir, que si pruebo que soy el escritor cuyas obras conoce Vd., ¿se dará por satisfecho?

—Tanto que tendré á mucha honra el que me permita Vd. estrecharle la mano.

—¿Y porqué?

—Porque ese escritor es hombre de bien.

—¿Y quién se lo ha dicho á Vd.?

—Su estilo. El estilo es el hombre.

Esta contestacion me hizo desistir de mi propósito de rehuir toda cuestion literaria por el guardia.

El guardia sacó del bolsillo los *Cuentos campesinos*, de que soy humilde autor, y añadió:

—El estilo de este libro no puede engañarme.

—Pero tambien es fuerte cosa que ese libro esté escrito por mí y haya de dudar...

—Si el libro estuviera escrito de puño y letra del autor, probaria Vd. la identidad de la persona con escribir una sola palabra; pero como está en letra de molde, no hay que pensar en tal prueba.

—Pues oiga Vd. me ocurre una cosa.

—¿Cuál?

—Si no puede Vd., comparar mi letra, quizá pueda comparar mi estilo

—Tiene Vd. mil razones. Entre Vd. en esa piecesita, y escriba un cuentecillo.

—Sí, para cuentos estoy yo ahora...

—Pues si no, replicó el guardia volviendo á su desconfianza al ver esta resistencia mia, vuelve Vd. á Madrid escoltado por una de las parejas que han salido á hacer el servicio, y estoy esperando de un momento á otro.

Esta amenaza volvió á extremecerme. Pensé que muchas veces he escrito cuentos con el alma quizá mas angustiada é inquieta que entonces la tenia, y me decidí á probar quién era el hombre; pero en aquel instante se me ocurrió una idea, que no sé porqué no me habia ocurrido antes, y quise ver si con ella salia del paso.

—¿Dice Vd. que el estilo es el hombre? pregunté al guardia.

—Sí, que lo digo y lo sostengo.

—Pues entonces vea Vd. si el hombre que tiene delante y el estilo del libro que tiene en la mano son una misma cosa.

El guardia reflexionó un momento como aquel que mentalmente vé algo, pero lo vé turbio, y me contestó:

—Esa es una callejuela por donde se quiere Vd. escapar; pero á mí no me venga Vd. con lilailas. El estilo es el hombre, pero no el hombre físico: el estilo es el hombre moral...

—Bah, bah, déjese Vd. de metafísicas, le repliqué, que yo soy poco aficionado á ellas.

Y metiéndome en el cuartelillo, escribí el cuento siguiente, que media hora despues leia el guardia.

II.

«Navalcarnero es una de las poblaciones de la provincia de Madrid que mas me agradan por su situacion, por su policía, por sus buenos edificios y por su vecindario. Situada en una altura que domina casi toda la provincia, puede calcularse el espectáculo que se ofrecerá á los ojos del que sube á la altísima torre de la hermosa iglesia parroquial de la villa, y mas si se añade que desde allí, si no estoy equivocado, se descubren cinco provincias, que son la de Madrid, la de Segovia, la de Guadalajara, la de Toledo y la de Cuenca.

Prisionero en Madrid casi toda mi vida, es para mí felicidad muy grande la de poder abandonar por algunos dias la prision donde tantas esperanzas han nacido y han muerto en mi corazon.

Una vez conseguí quebrantar esta prision, y vagando por las lomas que limitan el horizonte por el poniente de Madrid, ví allá á lo lejos, hácia donde el sol iba declinando, una colina coronada por una poblacion, en la que se alzaba un altísimo campanario.

—¿Qué pueblo es aquel que domina toda la inmensa llanura en que Madrid tiene su asiento? pregunté.

—Navalcarnero, me contestaron.

Este prosáico nombre me disgustó, pero la poesía de aquella hermosa torre, que iluminada por los últimos rayos del sol y realzada por el misterio de todo lo lejano, parecia la de una gran basílica, pudo mas que la vulgaridad del nombre que acababa de resonar á mi oido, y caminando, caminando, primero á la luz del crepúsculo y luego á la luz de la luna, llegué á Navalcarnero.

Al entrar en la villa, recordé que en ella habitaba una familia á quien yo habia prestado un servicio poco costoso para mí, pero muy importante para ella.

A la puerta del Consejo provincial ví un dia á una pobre lugareña llorando desconsolada, y como le preguntase la causa de su llanto, me dijo que su único hijo habia sido declarado soldado á pesar de que la ley le eximia en el concepto de hijo de viuda pobre que mantenia á su madre con el producto de su trabajo.

—Tranquilícese Vd., la dije, que si en el pueblo han cometido con su hijo de Vd. una injusticia, el Consejo provincial lo reparará.

—¡Ay, señor! eso seria si hubiese quien supiese explicar al Consejo la razon que nos asiste.

—Usted misma ó su hijo pueden explicárselo.

—Qué hemos de explicar, señor, si el chico y yo nos quedaremos cortados delante de los señores, y á quien darán la razon será á un abogado que viene con el mozo que se libra yendo soldado mi hijo. ¡Ay, señor, teniendo dos hijos, me quedaré sin ninguno porque el uno se marchó y el otro me le llevan!

La afliccion de aquella pobre mujer me conmovió, y á pesar de mi falta de serenidad y elocuencia para hablar ante ningun tribunal, me ofrecí á defender á su hijo ante el Consejo.

La anciana aceptó mi ofrecimiento llorando de consuelo y gratitud. La razon que asistia á su hijo, era tal, que á pesar de sustentarla yo y de combatirla un abogado capaz de probar que y dos son cinco, el Consejo la reconoció y declaró libre al hijo de la viuda.

Ni aun tuve el sentimiento de ver llorar á la madre del mozo que debia sustituirle; porque aquel mozo que se llamaba Angel, y que me pareció un excelente muchacho, puso un sustituto y volvió al pueblo con mi defendido.

Al llegar pues al Navalcarnero, pregunté por la señora Claudia, que así se llamaba la mujer que ví llorar á la puerta del Consejo provincial, y fuí á verla, no para pedirle hospitalidad, sino para que me indicase alguna casa donde pudiera hospedarme.

Claudia y Juan, su hijo, se llenaron de alegría al verme, y no consintieron que me fuese de su casa.

—¡Pues no faltaba mas! dijo la Sra. Claudia. Lo que yo siento es no tener el palacio de Isabel II para recibirle á Vd.; pero si la casa es pobre, la voluntad es rica, y ya buscaremos medios de que Vd. esté contento. Ustedes los de Madrid tienen muchas cosas buenas, pero no una que yo tengo y le gustará á Vd. mucho, que es un huerto lleno de flores y árboles cargados de fruta.

—El palacio de Isabel II, contesté, no me complaceria tanto como un huerto así. Uno de los sueños dorados de casi toda mi vida es tener una casita y detrás de ella un huertecito lleno de flores y frutales.

—Pues para tener eso no se necesita ser muy rico.

—Pero se necesita no ser escritor.

—No le entiendo á Vd.

—Pues yo sí le entiendo, madre, dijo Juan. Tiene razon don Antonio, que en España, aunque uno escriba bien, gana muy poco dinero. Aunque me esté mal el decirlo, yo escribo tan bien como el primero, pues el mismo señor juez dijo el otro dia que tengo una letra tan gallarda, y con todo eso en el juzgado no me pagan mas que á real el pliego.

—Calla, calla y no seas tonto. ¿Qué tiene que ver lo que tú escribes con lo que escriben los señores que sacan libros?...

—No hay mas diferencia que ellos saben *ditar* y yo no.

—¡Pues no es nada lo del ojo!

—De forma madre, que cada uno no tenemos nuestra *cencia*. ¿No es verdad, don Antonio?

—Sí, que lo es, Juan, y sobre todo tiene ciencia el que como tú, trabaja sin descanso para atender á su madre.

—En cuanto á eso, sí, señor, mi hijo es de lo que no hay. El no ha salido tan despejado ni tan fino como su hermano. Pero en cambio, no ha abandonado á su madre como aquel cabeza de chorlito, que se empeñó en irse á la Habana ó no sé donde, y probablemente el pobrecito habrá perecido en la mar, pues no hemos vuelto á saber de él... Pero á todo esto no nos acordamos de que Vd. querrá cenar y descansar, que vendrá molido de la diligencia.

—De la diligencia, no, señora; he venido á pié...

—¿Es posible? ¿Y cómo se ha atrevido Vd.?...

—Me agrada mucho recorrer los campos, deteniéndome ahora en este cerro, bajando luego á aquel vallecito, cogiendo aquí unas flores, dibujando allí un árbol ó un paisaje...

Es verdad que eso divierte mucho.

—A Vds. les divertirá, replicó Juan, que á mí maldita la cosa mi divierte.

—¡Ya! ¡si todos fuéramos tan animalotes como tú, que solo te diviertes comiendo, y bebiendo, y fumando y retozando con las mozas!...

—¡Es que eso es lo positivo!

—¡Hum!... ¡malhaya vuestro positivo!... Le aseguro á Vd., don Antonio, que no sé á quién ha salido este muchacho. Su hermano, mi pobre Pepe, dejaba todas las diversiones del mundo por juntarse con gente fina, por leer un buen libro ó por oir una buena música. Su padre, que esté en gloria, no tenia mayor gusto que sentarse en un altito á la caidita de la tarde, cuando venia de trabajar, y pasarse allí media hora, fumando un cigarro y contemplando cómo se escondia el sol tras de los montes lejanos, y oyendo los cantares y el toque de la oracion en los campos y los campanarios de la llanura.

—¿Qué quiere Vd., señora; en el mundo ha de haber toda clase de gustos...

—Este le tiene al revés que su padre y su hermano. Su padre tenia sus cinco sentidos puestos en el huerto que verá Vd. mañana, y si fuera por gusto de este, ya no habria ni un árbol ni un rosal, porque dice que la fruta y las flores no dan dinero.

—Y digo bien. Una cosa que no dá dinero, ¿para qué demonches se quiere?

—Yo te lo diré...

—Mire Vd., don Antonio, no se canse Vd. en decírselo, porque no le ha de comprender á Vd. Ea, vamos á cenar, que mañana, si Dios quiere, charlaremos despacio.

Cenamos los tres con mucha alegría y mucho apetito, y Claudia se dispuso á conducirme á la habitacion que me habia destinado.

—Que Vd. descanse, don Antonio, me dijo Juan, y añadió sonriendo: si en lugar de dormir esta noche en el cuarto en que vá Vd. á dormir, hubiera dormido hace un par de meses, mas de cuatro maldiciones me hubiera Vd. echado.

—¿Y porqué?

—Toma, porque hasta mas de media noche no hubiera podido pegar ojo, oyéndome tocar la guitarra y echarle coplas á la Rosa...

—¿Y quién es la Rosa?

—¿Quién ha de ser, una novia que tenia yo...

—Vamos, vamos, no haga Vd. caso de ese botarate, y véngase á acostar, dijo la señora Claudia conduciéndome hasta la puerta de mi habitacion.

Esta habitacion era un cuartito pobremente amueblado, pero muy blanco, muy limpio, y arregladito con todos los primores que el buen gusto puede inventar para suplir la pobreza.

Cuando quedé solo en mi habitacion, me puse á examinar esta atentamente, y abrí unas maderas que creí fuesen de algun balcon. Aquellas maderas eran las de una puerta que daba á un huertecito, al huerto de que Claudia me habia hablado.

La noche era deliciosísima, el cielo azul y la luna muy clara.

Apenas abrí la puertecita que daba al huerto, mi habitacion se inundó del perfume de las flores y la fruta.

Salí al huerto, y me senté al resplandor de la luna en un asiento rústico, colocado en el centro de una especie de plazoleta rodeada de rosales y matas de claveles y otras flores.

De cuando en cuando, en medio del silencio de la noche, cuando el ambiente agitaba un poco las ramas, oia el ruido, que hacia la fruta madura al caer de los árbo-

© Biblioteca Nacional de España

les; me levantaba á cojerla y volvia á mi asiento, donde me sumerjia en esas inefables y dulces meditaciones en que siempre se sumerjen las almas *soñadoras* como la mia, cuando la noche es silenciosa, la luna clara, el ambiente perfumado y el cielo azul.

Al otro lado del huerto habia una casa, y entre ella y la tapia del huerto, un callejon, al que daba un balconcito de la casa, que estaba oscura por aquel lado, pues no alcanzaba allí la luna.

Varias veces crei ver que se asomaba á aquel balconcito una mujer...»

—¡Ya le veo á Vd. venir! dijo el guardia civil al llegar aquí de mi cuento, interrumpiendo la lectura para dirijirse á mí. A aquel balconcito se asomaba alguna muchacha, de quien al cabo se enamoró V., y á quien vá á ver ahora con tanta prisa...

—Hombre, siga Vd. leyendo, que no estoy para gastar conversacion.

—Si digo que le veo á Vd. venir...

—¡Dale bola!

El guardia continuó la lectura, movido no tanto por mi impaciencia como por su curiosidad.

De repente oí pasos en el callejon, y me pareció nuevamente que alguien se asomaba al balconcito, bajo el cual cesaron los pasos.

—¿Rosa? dijeron quedito en el callejon.

—¿Angel? contestaron, quedito tambien desde el balconcito.

Teniamos pues en campaña unos novios, que se pusieron á pelar la pava en los términos siguientes:

—Se ha acostado ya tu madre?

—No sé.

—Qué, ¿estás enfadada?

—Y mucho que lo estoy.

—¿Porqué?

—Porque no me quieres ya.

(*Se continuará.*)

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Cada una de esas palabras penetraba como un puñal en el corazon de Lavinia; comprendia cuánto dolor ocultaba aquella falsa alegria, pero ¿cuáles eran sus sentimiento al salir de casa y como su aspecto habia podido modificarlo?

Por instante queria creer en aquellas medias palabras de vida intima que se le habian escapado; pero al punto recordaba lo que habia dicho el sargento, y el encono se hacia superior á sus mejores ideas; se callaba acerca de lo que la agitaba, en tanto que desgarraban su corazon mil sentimientos contradictorios; hablaba sin interrupcion, pero con el tono de ironia ligera que habia tomado el coloquio desde su principio.

—A la verdad, decia, siento mucho que me hayais ocultado tanto vuestros gustos, pues en realidad habria sido una distraccion el poder recibir gente. ¿No es mejor divertirse que vivir en la soledad arrastrando una vida pesada y enfadosa? Pero yo me alejo de vuestro asunto; hablábais de las distracciones que puede ofrecer el Rosenborg, de paseos á caballo...

—Y por el agua, he olvidado añadir esta nueva diversion.

—¡Ah! ¿Teneis embarcaciones?

—Si, ayer he recibido de Estokolmo una preciosa piragua; la probaremos el dia que tengamos el primer convidado.

—Podiamos probarla en seguida; seria un verdadero idilio si vos y yo...

—¡Oh! ¡Qué idea tan peregrina! ¡Un hombre casado y su mujer! Seria demasiado tonto ó demasiado romántico; no bajo yo á cosas tan triviales ni me elevo á nada tan poético.

Sin embargo, para matar las horas podiamos apelar al recurso de disfrazarnos de pastorcillos galanes.

—Antes de saber nuestros papeles nos ¡moriríamos de fastidio los dos en los ensayos.

—Si así lo pensais, señor mio, la cortesia exige que no me lo digais, y tengo que suplicaros que volvais á vuestro estado normal si no podeis poneros á la altura de la situacion.

Empeñados en esta via falsa y peligrosa, los dos esposos iban á llegar al Rosenborg que ya se descubria á cierta distancia, velado por el cortinaje vegetal que se extendia delante de su fachada. Con su recinto circular de peñascos, cuestas y torrentes, dominaba el valle como la pintoresca morada de algun señor de la edad media. Por aquella estacion del año en que toda la naturaleza se reviste de frescas galas, en que la savia todo lo reverdece, el passaje tenia una belleza tan majestuosa y penetrante, que Lavinia se sintió dominada por el hechizo poderoso de la naturaleza; tuvo como vergüenza de las palabras frivolas y mentirosas que habian salido de sus labios, y se inclinó á la portezuela enajenada de gozo y arrepentida. El sol en su ocaso bañaba con brillante luz las cumbres de las rocas y de los pinares; inundaba de fuego los cristales del Rosenborg, que chispeaban como las mágicas ventanas de los palacios encantados; el aire coloreado como á menudo sucede en el crepúsculo, extendia sobre los bosques un velo rosado que parecia envolverlos en una luz fantástica. En lo alto de las montañas se oia el sonido del cuerno de los pastores que reunian sus ganados para llevarlos al valle. Lavinia miraba con avidez aquella tierra, aquella morada donde habria podido ser tan dichosa, y hechizada y desolada á la vez, se callaba bajo el peso de sus emociones; el coronel callaba igualmente; tambien él sentia la benéfica influencia de la naturaleza, que apaciguaba su corazon enfermo y triste.

Lavinia sin embargo, no pudo menos de exclamar al fin como hablando consigo misma:

—¡Qué cielo! ¡Qué tierra!

El coronel la miró con una fijeza significativa que la jóven comprendió, y que tradujo fácilmente por estas palabras desdeñosas:

—¡Ya está siendo juguete de una nueva impresion!

Lavinia que era en realidad la menos caprichosa de las mujeres, padecia un amargo dolor al verse juzgada asi por el hombre cuya estimacion, fuesen cuales quisieran sus culpas, la era á cada momento mas indispensable.

Llegaron tristes y abatidos al Rosenborg, y Lavinia no tuvo fuerzas para responder ni aun con una sonrisa á la acojida entusiasta de Teresa, que exclamó al verla apear del coche:

—Damos gracias á Dios por vuestro regreso, mi querida señora, pues lo digo francamente, yo que sin embargo, sé muy bien que lo que ven los ojos los labios deben ignorarlo, y que lo que oyen los oidos la boca no debe repetirlo nunca, el señor coronel se moria de impaciencia; el deseo de veros le daba fiebre.

Al acabar de decir esto, Teresa abrió la puerta del salon donde entró Lavinia, sin observar siquiera que estaba adornado como para una fiesta, todo lleno de flores y verdura, y no pensando mas que en las últimas palabras que habia oido, dijo desgarrando maquinalmente su sombrero:

—No tengo bastante amor propio para creerme indispensable.

—¡Oh! Señora, sin embargo, es verdad. Hacia daño verle horas enteras sentado en vuestro gabinete, tocando uno despues de otro todos los objetos que pasan por vuestras manos.

—¿Pues no tenia las distracciones del exterior?

Al pronunciar estas palabras Lavinia debió volverse, pues sentia que se ponia encarnada como la grana.

—¡Las distracciones del exterior! Dios sabe que las ha disfrutado muy poco; preferia quedarse aqui arreglando el invernadero y el parque, á fin de que lo hallarais todo en buen órden; la isleta al extremo del lago ha sido embellecida como una joya, y luego ha comprado una embarcacion tan bonita... pero no quiero decir nada, ya lo vereis.

Hasta entonces Teresa no habia jamás tratado de arreglar las cosas entre sus amos, segun ella decia; pero como por su parte se hallaba embebida tambien en ciertas ideas de matrimonio que ya conocemos, tenia en esa clase de asuntos una perspicacia singular. Habiendo estudiado cuidadosamente las disposiciones del coronel durante su viudez de cinco semanas, habia apostado diez veces con su silencioso amante, que el amo se hallaba locamente enamorado sin saberlo, como les sucede á muchos hombres, y añadia por metáfora:

—Y es asi, mi querido sargento; hay hombres tan ciegos, tan limitados, tan ignorantes de lo que pasa en su corazon, como esos patos que nadan en el agua.

De este modo la digna mujer aprovechaba todas las ocasiones que se la presentaban para ilustrar delicadamente al mayordomo sobre sus propios sentimientos.

Por otra parte, preciso es decir que no descuidaba los asuntos del coronel. Cuando al entrar en el gabinete de Lavinia encontraba á Hermann, exclamaba con el tono mas sencillo del mundo:

—¡Dios mio! ¡Qué impresion tan extraña me produce el no ver aquí á la señora! Se acostumbra una tanto á las personas, que en su ausencia siempre parece que falta algo. Lo que es yo, creo verla sentada á esa ventana detrás de las cortinas, como estaba tan á menudo para descubrir al señor coronel cuando volvia de cazar.

Y á la observacion que hacia el coronel de que eso no debia ser para ella muy interesante, abria ojos tamaños, y decia:

—Sin embargo, se habria creido que la interesaba mucho viéndola correr por la casa en cuanto asomaba el coronel, para informarse si estaba dispuesto todo lo que podia hacerle falta.

Pero ¡qué golpe tan terrible! La señora estaba de vuelta; la buena mujer se prometia disfrutar del premio de sus afanes, y pensaba interiormente que un matrimonio feliz seria de un buen ejemplo para el recalcitrante mayordomo, cuando hé aquí que habia soplado un viento que habia venido á destruir todo el edificio laboriosamente levantado por ella; presintió la catástrofe al ver que su amo no subia con su señora y se quedaba en el patio dando órdenes inútiles al cochero; no podia concebir la causa de esta desunion, y aunque ella y el sargento meneasen media hora la cabeza de un modo significativo, ninguno de ellos juzgó oportuno explicarse.

Lavinia antes de que apareciese su marido habia tenido tiempo de quitarse sus vestidos de viaje, de mirar lo que le rodeaba, y aun de echar en su derredor una mirada presurosa. Estaba á la ventana escuchando el murmullo del viento que jugaba con las ramas de los árboles, y contando los latidos de su corazon que se agitaba bajo su mano, cuando entró Hermann en el aposento.

—Tengo un sueño tal, que me cuesta mucho trabajo no cerrar los ojos.

Estas fueron las primeras palabras que pronunció tendiéndose en un canapé; despues añadió estas otras:

—Teresa caerá en desgracia si nos hace esperar la comida.

—Voy á cuidar de que sirvan al instante, exclamó Lavinia, que conociendo que aquella noche no obtendria el perdon de su marido, deseaba retirarse lo mas pronto posible.

Sacaron la comida, pero el coronel bostezó mucho y comió poco; se felicitó de que habia llegado la hora de descansar, y se levantó de la mesa lo mismo que Lavinia.

Pero en el momento en que iba á salir del comedor, Hermann se volvió de repente, y acercándose á su esposa la tendió su mano; Lavinia puso la suya en ella; el coronel la estrechó, y luego inclinándose la besó diciendo con dulzura:

—Buenas noches, Lavinia, descansad, y que la bendicion del cielo os acompañe.

Y salió.

Lavinia estaba confundida y turbada; aquella voz, aquel ademan, aquellas palabras habian llenado su alma de indefinibles presentimientos que la turbaban y la aterraban.

—¿Porqué me ha hablado de un modo tan solemne? Jamás lo ha hecho. ¿Porqué me ha estrechado la mano? ¿porqué la ha besado? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Todo se conjura contra mí! ¡Todo me ofende y me entristece! No, no es culpable, no ama á otra mujer... Si fuera asi, quisiera... pero no, no es, no puede ser.

Y despues que hubo pasado una parte de la noche discutiendo consigo misma si las probabilidades estaban en pro ó en contra de ella se durmió con un sueño ligero y turbado, en el cual no la abandonó ninguna de las tristezas que la dominaban.

Cuando se despertó el sol inundaba ya las cortinas de su dormitorio, y proyectaba sobre su lecho una sombra de un rojo subido. Su primer pensamiento fué: «¡Cuán dulce es despertarse aquí!» y el segundo: ¡Pero sin duda es muy tarde y Hermann me espera!»

Llamó y entró su criada.

—¿Qué hora es? preguntó sonriendo.

—Las nueve y media, señora.

—¡Ah! ¡Dios mio! Entonces, el coronel habrá almorzado solo.

—Si, creo, que ha almorzado antes de partir.

—¡Partir!

—Si, señora, el coronel se ha marchado esta mañana á las cinco.

—Que venga Teresa.

En los pocos minutos que trascurrieron entre la salida de la criada y la venida de Teresa, Lavinia estuvo á punto de desmayarse de dolor y de estupefaccion; pero recobrando al punto su imperio sobre sí misma, compuso su rostro de manera que no se pintase en él ninguna de sus emociones.

—Habia resuelto huir, se decia; ahora comprendo porqué estuvo tan extraño todo el dia; ahora comprendo porqué ayer parecian una despedida sus palabras; comprendo aquel beso... Sin embargo, es imposible que no vuelva pronto, muy pronto, dentro de algunas horas... si, estoy bien segura de que volverá.

En esto entró Teresa.

—Supongo que habeis descansado bien; despues de un dia de viaje, una noche de reposo es bien necesaria.

Si, estaba muy cansada; habeis hecho bien en subirme mi almuerzo; ya que mi marido está ausente, almorzaré sola. ¿Os ha dicho que volverá á la hora de comer?

—¡Ay! No, señora, se ha marchado á Estokolmo, y de allí debe pasar directamente al campamento.

Lavinia se puso pálida como una muerta.

—Es singular: no recuerdo haberle oido decir que tenia que ausentarse.

—Pero ni siquiera pensaba en ello; y no habrá tenido valor para leeros la carta que le ha precisado... Al salir antes de ayer á recibiros, de lo que menos se acordaba era de tal viaje, pues contaba permanecer aqui hasta mediados de mayo. Pero este billete que os ha escrito lo explicará todo.

Lavinia tomó la carta, y presintiendo su emocion no tuvo fuerzas para abrirla delante de un testigo.

Teresa prosiguió diciendo:

—Ayer noche ni yo misma sabia nada, pero allá muy tarde el coronel vino á mi cuarto, por cierto que estaba yo hablando con el sargento de algunos encargos que le habia hecho la víspera, y me dijo que le preparase su maleta, pues una carta que habia recibido le obligaba á ausentarse.—¡Ah! ¡qué desgracia para la señora! dije yo, y el coronel me contestó:—No he querido incomodar á mi mujer para darla semejante noticia; tendreis la bondad de entregarla mañana estas dos líneas, en las que le explico mis motivos.—Y dicho esto salió. Pero ¡Dios mio! Mientras estoy hablando el café se enfria; voy á buscar otro.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

NUEVA COMPAÑÍA LÍRICA.—LOS TODOS SANTOS.

La anterior temporada lírica habia creado en el público gaditano la necesidad de oir buenos cantantes, y despues de la Sra. Borghi-Mamo y del Sr. Ferri no era posible, al menos tan inmediatamente, dar animacion este espectáculo sin artistas que valiesen tanto ó mas que ellos. De aquí surjió una idea,

© Biblioteca Nacional de España

que no pudo dejar de encontrar aquí ámplia acojida, y fué la de ayudar á la empresa con una subvencion proporcionada al nuevo y considerable desembolso que le era fuerza hacer para proporcionarse cantantes de primera línea, de fama europea; cantantes de esos que á porfía se disputan los teatros de París, de Lóndres, de San Petersburgo de Madrid, y cuyos solos nombres constituyen una garantía para la Europa filarmónica.

Sonó pues en Cádiz el nombre célebre de Rosina Penco, y nadie tuvo necesidad de preguntar mas. Hablóse del Sr. Butly, del Sr. Armandi, y no se dudó ya de que la compañía iba á realizar las esperanzas concebidas por el nombre de la *prima donna*. Se citó despues á la Sra. Ponti, y los triunfos repetidos que habia recientemente alcanzado en Jerez hacian su mérito tan reconocido en nuestra provincia, que ya no podia ser para nosotros una artista extraña. Todo indicaba pues, todo indica hoy, que la temporada que acaba de inaugurarse será la mas brillante de cuantas ha visto pasar sobre sí el teatro Principal de Cádiz.

Con tales antecedentes y bajo tan felices auspicios se anunció el dia primero del que rige como primera funcion, la *Traviata*, en la cual debian tomar parte la expresada Sra. Ponti, el tenor Dell'Armi y el primer barítono Sr. Butti.

El teatro estaba brillante; la concurrencia era numerosa; la predisposicion favorable; la orquesta, que se habia aumentado y que habia recibido una nueva forma en la colocacion de los instrumentos, mostró desde luego que obedecia á la poderosa varita de su distinguido director el Sr. Bonetti, ya antiguo y siempre apreciado conocido de este público.

Cantada que fué la introduccion, se aguardaba al aria de tiple, que era la ocasion oportuna de juzgar á la Sra. Ponti, por ser la verdadera pieza de empeño para la prima donna de esta ópera. El resultado fué altamente satisfactorio. La Sra. Ponti tiene una voz de soprano de bastante buen timbre, aunque no de gran extension; pero que maneja con gusto y con maestría. Su garganta es flexible, ágil y segura, y los adornos de su canto son estudiados, oportunos y valientes. Es, en suma, una buena cantante, y el público, despues de haberla oido con atencion y marcado interés, la saludó con repetidas palmadas, haciéndola salir de nuevo á la escena, concluida que fué la pieza, para prodigarla nuevos y nutridos aplausos.

El tenor Dell'Armi no podia estar á toda la grande altura de su papel, ni era posible que este público olvidase con el nuevo tenor los brillantes recuerdos que en esta ópera le habia dejado Landi.

Aunque no sea *Traviata* la ópera en que un barítono puede hacer muestra de todo lo que vale, sin embargo, se deseaba oir al Sr. Butti para juzgar de lo que era capaz de hacer por lo que entonces hacia. La prueba no dejó nada que desear. Este cantante posee una hermosa, fresca y robusta voz, que sabe modular con conocimiento sumo del canto y con el mas acendrado gusto; allí no hay nunca esfuerzo ni violencia, allí no hay adornos extemporáneos, canta, siente y expresa. El Sr. Butti no puede por tanto dudarse que es todo un distinguido artista, que es una magnífica adquisicion para la empresa.

Faltan todavía que oir muchas de las partes mas notables de la compañía, y entre ellas la mas eminente, la Sra. Penco. De todas nos iremos ocupando en sazon oportuna, pero no creemos aventurar nada al decir que por lo que hemos visto del prólogo, es fácil augurar que la obra de la empresa filarmónica ha de contentar cumplidamente á los aficionados.

Capítulo de costumbres locales.—Dase en Cádiz el nombre de *Los Todos Santos* á la coleccion de frutas de invierno que con gran aparato y ostentacion se exhiben en los puestos la víspera y el dia de Todos los Santos. Durante este espacio de tiempo los puestos se adornan con farolillos de colores, ó bien con candiles, segun sea su importancia y el gusto de sus dueños; las frutas están primorosa y hasta artísticamente colocadas; se alzan arcos de yerbas, se coronan con banderas de papel picado, se orlan con festones formados de castañas ensartadas, de higos de Lepe ó de ristras de cebollas, segun el ingenio del adornista, y hasta se ahuecan y se calan con caprichosos arabescos corpulentas sandías, en las que se introducen cabos de velas para que sirvan como de farolones.

En estos dias se suspenden por especial privilegio autorizado por la costumbre los efectos de la ordenanza municipal; los serones de frutas, las castañas á granel, hacen irrupcion hasta el centro de la calle, y los puestos no se cierran en toda la noche. Tal es aquí la fiesta de Todos los Santos, que en otras partes se celebra con puches y masa frita, ó bien de cualquier otro modo, pero siempre con sustancias comestibles, que es en último término como se celebra todo en el mundo.

Mientras con gran placer de los chicos de casa los papás ó las mamás hacen henchir sendos sacos de estas golosinas, no suele faltar quien, al tender la vista sobre aquellas frutas, crea ver en ellas un trasunto de la sociedad. Allí se lleva tras sí los ojos una rozagante manzana. ¡Qué colores tan vivos, tan bellos! ¡Qué exterior tan atractivo! Abridla, sin embargo, y hallareis tal vez su corazon roido de gusanos. Este es el hipócrita. ¡Cuántos hay de ellos por el mundo! Volved la vista á aquellas avellanas que ostentan sus lucientes y rubias cáscaras en aquel cenacho. Romped una cáscara y no hallareis dentro nada, absolutamente nada, la fruta estaba vana. Así son los cérebros de muchos hombres: ya nos lo habia dicho la fábula de la zorra y el busto, pero es el caso que aquella cabeza, si no tenia cérebro, tenia siquiera algo, aunque ese algo fuese mármol, yeso ó madera: aquí no hay ni aun ese algo; y sin embargo, ved qué importancia se dan muchos de los que tales cabezas tienen. Aquella castaña que allí veis tuvo una envoltura coriácea que no dejaba adivinar lo que dentro de sí contenia. En otra tal se envuelven muchos que no son castañas. ¿Quién los penetra? ¿Quién sabe lo que tales hombres son? El disimulo es en efecto carácter muy general en el género humano, porque es el gran medio para medrar. ¿Es esto culpa de la sociedad? Cremos que sí.

¿Y aquella batata que esconde sus poco esbeltas formas entre los pliegues de una estera? Esa creció y nació cubierta con la tierra; esa no tuvo sol que la alumbrase; fué por todos hollada, nadie admiró sus colores y nadie se prendó de su exterioridad. Sin embargo, es sabrosa, es sana, es fragante. Tal es la modestia, pero es sabido que la modestia en el mundo nunca hace pasar de ser batata al que la posee.

Tal es la sociedad. En ella todos los dias son dias ó de Todos los Santos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

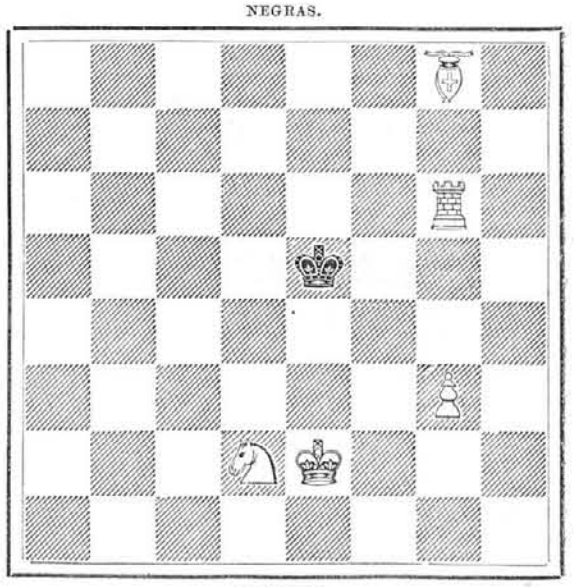
VESTIDO DE SEÑORITA. Trage de muselina blanca, con salpicado de florecillas rosa; en lo bajo de la enagua van puestas tres cintas rosa con dibujos negros, llevando en cada orilla un rizado de cinta negra estrecha de tafetan; las cintas rosa tienen 4 centímetros de ancho, las cintas negras centímetro y medio; corpiño escotado, berta de tul negro y cintas rosas formando hombreras cuadradas; mangas cortas guarnecidas por un ancho bullon, que cubre en parte á otro bullon de organdí blanco. Peinado compuesto de bandós que dejan despejado el rostro, con ancho lazo de cabellos formando castaña.

TRAGE DE TAFETAN LILA. Lo bajo de la enagua está guarnecido con cinco bullones de gasa lisa lila, ó muselina de seda; sobre este trage vá una larga túnica que cae hasta el primer bullon; la túnica es de tul de felpilla negro y blanco; su guarnicion se compone de un ancho fleco de felpilla negra y blanca. El corpiño del trage es escotado; vá cubierto por un fichú semi-escotado de tul blanco con adornos de encage negro y biés de gasa lila lisa. Este fichú se sujeta por delante con un ancho lazo lila; las mangas cortas van cubiertas por otras tambien cortas que nacen del fichú y que llevan los mismos adornos que este. Peinado de terciopelo negro con margaritas lila.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

PROBLEMA N.º 7, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 3 jugadas,

Administraciones exclusivas de La Moda.

HABANA, calle de la Habana número 126.

MADRID, calle de Jesus del Valle, número 6, bajo.

SEVILLA, calle Catalanes número 4, esquina á la de Tetuan, oficina de la Andalucía.

BARCELONA, calle de San Honorato número 3, almacen

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

ALMANAQUE
ENCICLOPEDICO ESPAÑOL, PARA 1864.
POR DON MANUEL TORRIJOS.

Este Almanaque Enciclopédico, que está publicando nuestro colaborador el Sr. Torrijos, ha merecido la aprobacion de cuantas personas han tenido conocimiento de él. Nosotros á fuer de imparciales nos atrevemos á recomendarlo á los suscritores de LA MODA, especialmente á las señoras, seguros de que harán una buena adquisicion.

El todo de la obra formará un volúmen en 4.° mayor de unas 450 á 500 páginas, con multitud de grabados.

La publicacion se está haciendo por entregas al precio de **SEIS CUARTOS UNA**; pero los señores suscritores de La Moda que remitan 20 rs. á la administracion de Madrid, calle de Jesus del Valle n. 6, recibirán el almanaque encuadernado tan luego como esté acabada la impresion, que será en el próximo mes.

Como el volúmen es considerable, no será posible hacer segunda edicion, y por tanto convendrá que las personas que lo quieran recibir se apresuren á pasar sus órdenes, á fin de no verse privados de él.

En América fijan el precio los Sres. Agentes de La Moda.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España